

España no puede confiar en la recuperación occidental

LA única línea de la política económica de los últimos Gobiernos consiste en esperar que se produzca una reactivación en el mundo occidental para poder ser arrastrados por ella", se dice, se viene diciendo desde hace algún tiempo, en los medios de la oposición. Y lo cierto es que, por el momento, el Gobierno actual —mejor olvidar algunas de las desatinadas medidas del anterior— carece completamente de directrices económicas, dejando abierta la duda de si lo anterior será una verdad como un templo. De otro lado, hasta hace muy pocos meses el caballo de batalla de todas las justificaciones oficiales de la crisis española era el bache que estaba pasando la economía occidental. Afortunadamente, más tarde se fue perdiendo el estribillo, a la luz de sus escasos efectos políticos. Y, sin embargo, el tema de las relaciones entre la crisis española y la del capitalismo occidental tiene en estos momentos una importancia destacable. En las dos líneas que hemos señalado: en primer lugar, porque si la situación internacional mejorara de manera consistente, la economía española habría de beneficiarse en algo de dicha recuperación. A no ser que, y aquí viene la segunda línea, la crisis española estuviera tan ligada a elementos autóctonos, tan enraizada en España, que la recuperación internacional ayudara muy poco a salir de la misma.

BUEN AÑO PARA OCCIDENTE

Ambos elementos están muy interrelacionados, como es lógico. Empecemos por describir someramente la situación internacional. ¿Se ha superado el tremendo bache del 74 y buena parte del 75? Los optimistas así lo afirman, aun cuando muchos, entre ellos los propios organismos económicos de la Comunidad Europea, señalen elementos preocupantes dentro de la actual coyuntura. En líneas generales, y para los países occidentales desarrollados —los integrantes de la Comunidad, más los Estados Unidos, Japón, Canadá, etcétera—, el cambio de coyuntura que se inició tras el verano de 1975 (un poco antes en los Estados Unidos) se ha mantenido durante el primer semestre de 1976. La producción ha aumentado, el consumo privado también, y se esperan buenos resultados para final de año. Incluso países como Italia —el que se en-

cuentra en una situación más negativa dentro del bloque antes citado—verán crecer su producto interior bruto en 1976. Alemania lo hará en un 6 por 100 (frente a una reducción del 3,5 por 100 el pasado año); Francia, también en un 6 (frente a un -2 del pasado año); Holanda, en un 4, (frente a una disminución del 0,7 por 100 en 1975); Bélgica, en un 3,5 (frente a un -1,3), y el Reino Unido, en un 2,5. Por su parte, se es-

peran crecimientos del 6 por 100 para los Estados Unidos y Japón.

SINTOMAS PREOCUPANTES

Estos resultados se deberán en buena parte a lo logrado en el primer semestre del año. Porque en los meses de junio y julio, en la mayor parte de las economías citadas han empezado a aparecer peligrosos síntomas de disminución del ritmo. Los expertos americanos y europeos consideran que la razón principal de esta parada en el ritmo hay que encontrarla en el hecho de que el consumo privado, motor de la recuperación de los meses anteriores, se ha retraído. El aumento de los precios en la mayor parte de los países del área occidental está en la base de este retraimiento.

Si, porque la euforia de la producción —Francia veía crecer su producto industrial a más de un 10 por 100 en tan sólo seis meses, de septiembre a marzo— ha estado permanentemente acompañada en casi todos los países por unas fuertes tasas de inflación: de los siete países que participaron en la conferencia de Puerto Rico, Italia, Inglaterra, Japón, Francia, Alemania, Canadá y los Estados Unidos, en cuatro de ellos la inflación —elevada a tasas anuales— fue superior en los cinco primeros meses de 1976 que en el pasado año: en Italia, del 24,8 por 100, frente a un 11,2; en Inglaterra se ha logrado una reducción espectacular, obteniéndose un 15,7 por 100, frente a un 24,9 para el conjunto de 1975; en Japón ha aumentado desde el 7,5 por 100 del pasado año al 13,5 actual; en Francia también ha aumentado ligeramente, pasando del 9,6 por 100 al 10,8; también lo ha hecho en Alemania, a

niveles más bajos, pasando del 5,4 por 100 al 7,2; mientras que se ha reducido en Canadá (del 9,5 por 100 al 6,2) y en los Estados Unidos (del 7 por 100 al 3,9).

INFLACION Y PARO

Recuperación con inflación... y con paro, que vuelve, por el momento tímidamente, a crecer. Los exper-

tos de la Comunidad Económica Europea prevén para final de año que el 4,4 por 100 de la población activa total de sus países miembros estará en paro. En los Estados Unidos el porcentaje oscilará entre el 7,8 y el 8 por 100; de junio a julio se ha pasado del 7,5 al 7,8 por 100. No se ha absorbido el paro y no existen previsiones de que ello ocurra en breve: la recuperación que hasta el momento ha tenido lugar se ha realizado empleando la capacidad productiva no utilizada, cuya tasa había aumentado notablemente en los años anteriores: y aquí hay que mencionar el segundo punto flaco, junto con la inflación, de la recuperación de la que hablamos: las tasas de inversión son muy bajas, casi no se invierte, y ello pone en peligro, como todos los expertos señalan, la propia recuperación.

Dinero no es lo que falta: en primer lugar, el que se ha venido obteniendo gracias a una política monetaria abierta, que la mayoría de los Gobiernos están empezando a abandonar: las tensiones en los mercados monetarios que en los últimos tiempos se ha producido, la inflación, el nuevo salto de los precios de las materias primas (que han aprovechado la primera recuperación de la demanda internacional para elevar sus precios: el índice que elabora "The Economist" ha crecido en un 34 por 100 desde el mes de noviembre), así como el propio crecimiento, demasiado rápido, aconsejan políticas monetarias más restrictivas.

Pero ése no es, y desde luego no lo ha sido, el elemento que ha determinado esa apatía inversora. Los Gobiernos han prestado todo tipo de apoyos, no sólo monetarios, sino sobre todo fiscales, para potenciarla. Los propios resultados positivos de la recuperación han dado dinero a

las empresas: los beneficios de los últimos meses han crecido entre un 20 y un 30 por 100 en las grandes empresas americanas, y de manera importante en las europeas. El problema radica, una vez más, en el hecho de que los empresarios no tienen confianza en la recuperación; no se han creído del todo —dicen en los Estados Unidos— que el Gobierno haya controlado la inflación, que tenga la situación en sus manos. Jean-Jacques Servan-Schreiber señalaba en un editorial de "L'Express": "La recuperación ha ocultado durante algo más de un semestre dos hechos económicos básicos, que ahora vuelven a presentarse: todavía no se ha producido una recuperación de la inversión y no se ha controlado de forma duradera los precios".

Por su parte, el Boletín trimestral de Coyuntura de la Comisión de las Comunidades Europeas señala en su número de junio: "Es indispensable un vigoroso crecimiento de las inversiones para mantener el dinamismo de la recuperación, al mismo tiempo que constituye la condición necesaria para el crecimiento a medio plazo de las rentas reales y para la creación de nuevos empleos".

El optimismo no es, pues, excesivo: inflación, paro, apatía inversora acompañan y en estos momentos frenan una recuperación que hacía prometérselas felices a muchos. El nuevo primer ministro francés, Raymond Barre, anuncia como base de su política la lucha contra la inflación, y propone para ello un programa de austeridad que meses atrás han practicado los alemanes y que siguen manteniendo, en medio de una polémica que se refleja abiertamente en el Congreso Anual de las Trade Unions, los ingleses: hay que moderar la capacidad adquisitiva; esto es, controlar los salarios y frenar, volvamos a señalar, el motor clave de la expansión; hay que llegar a ese pacto social que ni los más optimistas de la derecha francesa consideran posible. La CGT decía hace algún tiempo que la recuperación se había producido gracias a los trabajadores, gracias a los consumidores, y los comunistas franceses se han aprestado a denunciar la política de austeridad que propone Raymond Barre.

RESTRICCIONES

Las políticas restrictivas se ven venir. Para empezar, el apoyo que

Carlos Elordi



El nuevo primer ministro francés, Raymond Barre, anuncia como base de su política la lucha contra la inflación y propone para ello un programa de austeridad. En la foto, Barre, a la izquierda, con su predecesor en el cargo, Jacques Chirac.

los Estados han prestado a la recuperación de que hablamos mediante importantísimos aumentos del gasto público, van a desaparecer; entre otras cosas, porque los Estados se han gastado el dinero que tenían, y mediante los apoyos fiscales a las empresas han reducido sus ingresos, que no pueden aumentar sustancialmente mediante nuevas cargas impositivas, pues éstas han llegado casi al límite de las posibilidades del contribuyente medio.

¿Cuánto van a tardar en llegar esas políticas de contención que ya se anuncian? En buena parte, su llegada va a estar condicionada por las situaciones políticas de los distintos países; al término de la reunión de Puerto Rico entre los siete "grandes" de la economía mundial, la revista "Time" titulaba su artículo de la forma siguiente: "Despacio es más saludable, pero la rapidez da votos". Americanos y alemanes, los dos jefes de fila de la economía mundial, se enfrentarán en los próximos meses a sus elecciones. Los programas de austeridad no son recomendables en estas ocasiones.

El retroceso del equipo gubernamental francés en las pasadas elecciones cantonales tampoco aconseja apresurarse en este sentido. Y la difícil situación que se ha creado en Italia tras las recientes elecciones del mes de junio, no permite a la Democracia Cristiana la capacidad de maniobra necesaria para llevar a cabo un plan de estabilización: hay que contar con los comunistas, y éstos, para quienes este tipo de política significa que la crisis se deposita en las espaldas de los trabajadores, no parecen muy dispuestos a apoyar medidas drásticas en esta línea.

El momento es complejo. Los problemas lo son y no existen demasiados instrumentos para hacerles frente. Los salarios siguen siendo las cabezas de turco a la hora de analizar las causas de la inflación: en los últimos doce meses, contando atrás desde junio, han crecido el 20,9 por 100 en Italia, el 20,7 en Inglaterra, el 14,6 en Francia, el 7,7 en los Estados Unidos (no olvidemos el crecimiento del 20 al 30 por 100 de los beneficios) y el 5,3 por 100 en Alemania. El Gobierno de Raymond Barre es el único que más o menos

abiertamente les ha declarado la guerra.

Pero parecidas intenciones tienen todos los gobernantes de los países occidentales; el control salarial que de hecho se ha producido en los Estados Unidos (con un 7,8 por 100 de paro) se considera entre los expertos como una de las causas principales de la contención de la inflación. El pacto social británico, al borde de su final, se ha planteado este objetivo, que en estos momentos, trámite huelgas salvajes y contestación abierta en el Congreso de las Trade Unions, puede desaparecer. En general, tanto las tensiones sociales, como, en una última instancia, que los Gobiernos capitalistas se niegan a reconocer —esto es, que el consumo privado es el motor de la expansión—, no permiten actuar en este terreno todo lo libremente que los grandes empresarios quisieran. A no ser que se llegue a una situación "a la argentina", que, irónicamente, reproducía "The Economist" con la siguiente frase: "Naturalmente, es muy cómodo tener detrás de uno a soldados dispuestos a disparar sobre cualquier huelguista".

¿AL BORDE DE LA RECESSION?

La situación, a la luz de las pinceladas con que la hemos descrito, no es para alborozarse: persisten las tensiones en los puntos cruciales. Hasta el extremo de que algunos expertos opinan que si se mantiene la inflación en 1977, y, paralelamente, no se produce una recuperación significativa de las inversiones, los Gobiernos se verían obligados a practicar políticas restrictivas, lo que llevaría a una nueva recesión en 1978 y 1979. El famoso "stop and go" volverá a funcionar dando la razón a quienes, en la jerga de los economistas, afirmaban hace algunos meses que no se estaba al final de un ciclo corto —es decir, en su fase de superación—, sino al comienzo de un ciclo largo, con una oscilación positiva dentro del mismo.

... Y ESPAÑA

Y si las cosas no están claras en el marco de los países desarrollados de Occidente, aun cuando este año se saldará con resultados muy positivos, ¿qué decir de España. La polémica recuperación de la que hemos venido hablando ha afectado en muy escasa medida y en un cortísimo período de tiempo —a lo sumo, un semestre— a nuestra economía. Como era de esperar, entre otras razones por la escasa interrelación de España con el marco occidental, medida en términos de porcentaje del producto nacional bruto que supone el sector exterior, que aun cuando ascienda poco a poco en los últimos años, no es sino una tercera parte del suizo o del norteamericano, por ejemplo.

No cabe exagerar en este terreno. Una coyuntura exterior buena, ayuda, desde luego, pero bastante menos de lo que en ocasiones dicen las autoridades económicas. De lo que sí participa España es de buena parte de las características de la problemática del mundo occidental. Inflación, estancamiento de las inversiones, etcétera, son los temas corrientes en el análisis de la coyuntura española. Normalmente agravados, porque los instrumentos de la política económica son mucho más débiles en nuestro país. La crisis de los capitalismos monopolistas de Estado en los países avanzados es similar a la nuestra, en teoría. Pero las dificultades para resolverla, insertas en la más aguda polémica de las últimas décadas, son aún mucho mayores en nuestro país. Entre otras cosas, porque a la desconfianza política que existe, por parte de empresarios y trabajadores, en la capacidad de gestión de los Gobiernos en la mayoría de los países occidentales, en el nuestro se suma la desconfianza y desacuerdo en el propio sistema político, que añade un grado importante de tensión.

España no se ha beneficiado de la corta ola de bienestar que ha invadido por unos meses a la Europa comunitaria, a los Estados Unidos, Canadá, Japón y otros países. Nuestra curva de actividad económica ya ha iniciado el descenso. Y a la luz de lo que ocurre en el mundo occidental y a las negras previsiones que sobre el mismo se ciernen, pocos apoyos cabe esperar del exterior. ■ C. E.